Capítulo III

CÓMO «MEJORAR» LA BIBLIA

A diferencia de otros grupos exclusivistas, que pretenden tener diversas fuentes de revelación, los *Testigos* apelan únicamente a la santa biblia como fuente de su fe y costumbres. Sostienen la autoridad divina de las Escrituras, y enseñan un concepto mecanicista de la inspiración: «Dios escribió la Biblia mediante hombres, tal como un ejecutivo escribe mediante secretarios»[1]. Con referencia a la fidelidad de la transmisión del texto bíblico, afirman:

> «Jehová Dios no sólo se ha encargado de proteger su Palabra de los errores cometidos por los copistas, sino también de los intentos de otras personas de hacerle añadiduras. La Biblia misma contiene la promesa de Dios de que su Palabra sería mantenida en forma pura para nosotros hoy.»[2]

La reverencia que los *Testigos* profesan tener por la Escritura es importante, porque permite que el cristiano siempre pueda apelar a las declaraciones autorizadas de la biblia en su diálogo con un atalayista. Sin embargo, es necesario recordar que pese a su aparente reverencia, de hecho los *Testigos* deshonran la Palabra de Dios en tres aspectos: dicen que fue adulterada, la traducen mal y la interpretan arbitrariamente.

¿Supresión del nombre de Dios?

Una de los distintivos históricos con que el atalayismo pretende obtener la credencial de única iglesia fiel a Dios, es la de emplear el nombre con el que Dios se reveló a Moisés, «Jehová». Como están convencidos de que Jesucristo, los apóstoles y los primeros cristianos pensaban como la *Sociedad Atalaya*, sostienen que todos ellos emplearon asiduamente el nombre «Jehová». Sin embargo, de hecho tal nombre no se halla ni una sola vez en todo el Nuevo Testamento (salvo en su forma breve «Yah», formando parte del vocablo *Aleluyah*, «Alabad a Yah»). Empero, este detalle no detiene a los *Testigos*.

Por ello, a pesar de su encendida defensa de la fidelidad del texto bíblico, no vacilan en afirmar que la Escritura fue adulterada por copistas torpes o deshonestos, los cuales presuntamente suprimieron de las «Escrituras griegas cristianas» (el Nuevo Testamento) el vocablo de cuatro consonantes o *tetragrama* YHWH, que representa el verdadero nombre de Dios.

> «sabemos que la apostasía se desarrolló rápidamente después de la muerte de [el apóstol] Juan. «Cristianos» dejaron de usar el nombre de Jehová y lo sustituyeron con «Señor» o «Dios» en los manuscritos de la Biblia... «Copistas «cristianos» que no amaban a Jehová quitaron el nombre mismo de Dios de los manuscritos griegos de la Biblia.»[3]

Estas afirmaciones, como muchas que hacen los libros y artículos atalayistas, son *enteramente infundadas*. Es cierto que existen copias de la vieja traducción del Antiguo Testamento al griego, llamada Septuaginta, en la cual el tetragrama se escribe sin traducir. Pero no hay ni pizca de evidencia textual o histórica que sugiera o indique que el nombre de «Jehová» hubiese figurado en los originales del

Nuevo Testamento, *ninguno de los cuales se conserva*. La acusación de los *Testigos* se basa en su suposición de que los primeros cristianos le daban tanta importancia al nombre literal de Dios como ellos, los atalayistas, se la atribuyen hoy.

Escapa a la comprensión humana cómo pueden afirmar coherentemente la autoridad divina de la Biblia, y la fidelidad en la transmisión de su texto, y simultáneamente la acusación de modificación. ¡Si uno ha de creer a los *Testigos*, deberá admitir que la biblia fue adulterada inescrupulosamente, pero por lo demás es por completo confiable! Si los copistas fueron inescrupulosos en un asunto presuntamente tan importante ¿cómo puede esperarse que fuesen fidedignos en todo lo demás?

La «Traducción del Nuevo Mundo»

Para «subsanar» la ausencia del divino nombre y otros supuestos errores de traducción, los atalayistas no encontraron mejor solución que producir una versión propia, la *Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras*, o TNM, que ya mencionamos en el capítulo anterior. Esta «versión» debe su nombre al Nuevo Mundo o paraíso terrenal que los *Testigos* anuncian. De su edición original, y revisiones han impreso más de 80 millones de copias del texto completo o parcial.

En 1987 se publicó en español la versión correspondiente a la revisión en inglés de 1984. No modifica el texto en sí sustancialmente, y le caben las observaciones aplicables a las ediciones anteriores. Sin embargo, es notable la edición con referencias. Esta es una biblia de estudio que incluye una concordancia, notas explicativas, indicaciones de variantes textuales, referencias cruzadas en los márgenes, y un extenso apéndice que fundamenta aspectos particulares de la traducción que se relacionan, claro, con las doctrinas

peculiares de los *Testigos*. El impresionante aparato y las numerosas ayudas, no están, lamentablemente, puestos para la mejor comprensión del texto bíblico, sino para la defensa de las enseñanzas atalayistas.

En la *Introducción* de la *Traducción del Nuevo Mundo con referencias*, leemos:

> «No se han hecho paráfrasis de las Escrituras. Más bien, se ha procurado que la traducción sea lo más literal posible... Así se satisface el deseo de quienes se interesan en obtener *una expresión casi palabra por palabra del texto original*. Se reconoce que hasta algo aparentemente insignificante, como *el uso o la omisión de una coma o de un artículo*, definido o indefinido, puede alterar a veces el sentido correcto del pasaje original» (cursivas mías).

A pesar de afirmaciones tan comprometidas sobre la fidelidad al texto bíblico, la TNM ha sido duramente criticada y descalificada por sobresalientes eruditos en hebreo y griego, debido a su pésima calidad literaria y por el fuerte sesgo doctrinal que la impregna de tapa a tapa. El prejuicio doctrinal atalayista es evidente, sobre todo en el Nuevo Testamento, y en especial en las declaraciones que hablan de la persona y la obra de nuestro Señor Jesucristo. Veamos algunos ejemplos, en los que se indica cómo «traduce» la TNM en su última edición (1987) , y entre paréntesis una traducción correcta.

Juan 1: 1, «y la Palabra era un dios» («y la Palabra era Dios», o «y el Verbo era Dios»).

Mateo 2: 11; 14: 33; 28: 9, «le rindieron homenaje» («le adoraron»).

Mateo 25: 46, «y estos partirán al cortamiento eterno» («al castigo eterno»).

Juan 8: 58, «yo he sido» («yo soy» = griego *ego eimi*).

Juan 17: 3, «Esto significa vida eterna, el que estén adquiriendo conocimiento acerca de ti» («que te conozcan a ti»).

La TNM 1987 da como alternativa «te conozcan» en nota al pie.

Hechos 2: 38, «mataron al Agente Principal de la vida» («al autor de la vida», griego *arjegon*).

Romanos 9: 5, «de quienes [provino] el Cristo según la carne: Dios, que está sobre todos, [sea] bendito para siempre» («de quienes [vino] según la carne Cristo, el cual [es] Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos»).

Filipenses 2: 5s, «Cristo Jesús, quien, aunque existía en la forma de Dios, no dio consideración a una usurpación, a saber, que debiera ser igual a Dios» («Cristo Jesús: Existiendo en forma de Dios él no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse»).

Aquí la TNM 1987 es peor que sus predecesoras, al usar la palabra «usurpación» donde antes decía «arrebatamiento».

Colosenses 1: 16, «Todas las [otras] cosas han sido creadas mediante él y para él» («Todo fue creado por medio de él y para él»).

Tito 2: 13 (Cf. *2 Pedro* 1: 1) «del gran Dios y de[l] Salvador nuestro, Cristo Jesús» («del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo»).

Aquí de nuevo la TNM 1987 «supera» a sus predecesoras (que decían «del gran Dios y del Salvador Jesucristo»), al separar aún más la expresión única «Dios y Salvador».

Hebreos 1: 1s, «Dios ... al fin de estos días nos ha hablado por medio de un Hijo» («Dios ... en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo» o, más literalmente, «en el Hijo»).

En el griego no hay artículo delante de Hijo, ni es necesario por cuanto la palabra «Hijo» se usa al modo de nombre propio. En español o en inglés hay que suplir el artículo determinante («el»), no indeterminado («un»); en todo caso, «un» debería figurar entre corchetes.

Hebreos 9: 27, «está reservado a los hombres morir una vez para siempre, pero después de esto un juicio» («después el juicio», o más exactamente, «tras esto comparecer en juicio»).

1 Juan 5: 20, «estamos [en unión] con el verdadero, [por medio de] su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y vida eterna» («estamos en el verdadero, su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la vida eterna»).

Los agregados entre corchetes son intercalaciones arbitrarias que tergiversan el texto. Notablemente, la TNM 1987 dejó el texto igual, pero *suprimió los corchetes*, de modo que parezca que las palabras «en unión con» y «por medio de» figuran en el texto griego.

Estos y otros cambios introducidos en la TNM son sin duda deliberados, y dirigidos a sostener las doctrinas atalayistas. La mala fe que alienta esta versión se ve en muchos aspectos. Uno de ellos es la colocación arbitraria de corchetes. Se supone que los corchetes [ ] son colocados para encerrar palabras que, *no hallándose en los manuscritos bíblicos*, son consideradas necesarias para completar el sentido. En ocasiones, la TNM inserta palabras que no se requieren para darle sentido al texto bíblico, sino para

modificar su significado evidente. Un ejemplo claro es el texto de 1 Juan 5: 20 que acabamos de citar. En las primeras ediciones, los atalayistas «aclararon» el texto introduciendo palabras innecesarias entre corchetes; luego suprimieron los corchetes, ¡pero dejaron las palabras agregadas!

Sin embargo, esto no es extraño. Desde su primera edición, a menudo la TNM *agrega palabras sin ponerlas entre corchetes*. Son ejemplos claros los textos ya citados de Juan 1: 1 y Hebreos 1: 1s, donde el artículo indefinido «*un*» ciertamente no procede de los manuscritos griegos, pero es insertada por la TNM *sin* corchetes.

Inconsistencia deliberada

Según los mismos *Testigos*, dos de los propósitos fundamentales de la TNM son el de restaurar el nombre de Jehová en aquellos lugares del texto de donde fue quitado, y traducir tan literalmente como sea posible (lo cual, al ignorarse el contexto, a menudo resulta forzado y artificial). Sin embargo, *el hecho es que los atalayistas violan sus propios principios cuando ello conviene a sus dogmas.*

Daremos aquí sólo dos ejemplos; el lector interesado puede hallar muchos más en el tratado de Walter Martin, y sobre todo en el minucioso libro de Eugenio Danyans.[4]

El primer ejemplo concierne a Mateo 27: 50. En favor de su peculiar interpretación de lo que es el espíritu –que trataremos en otro capítulo– la TNM 1967 decía: «De nuevo clamó Jesús con voz fuerte, y cedió [su] aliento».

La palabra traducida aquí «aliento» es *pneuma*, que en este contexto debía traducirse «espíritu». Esto es demostrado inequívocamente por el pasaje paralelo de Lucas 23: 46, donde también se usa la palabra *pneuma* y donde la TNM sí traduce «espíritu». ¿Por qué? Pues porque aquí el fraude sería evidente. Ni siquiera los «ungidos» de Brooklyn se atrevieron a escribir «¡Padre, en tus manos encomiendo mi aliento!».

Sin embargo, *la palabra es la misma, y el contexto es exactamente el mismo*, lo que prueba que en la TNM el literalismo está sujeto a las doctrinas atalayistas.[5] Hasta los *ungidos* deben reconocer de vez en cuando su falibilidad: en la edición de 1987 el «aliento» ha desaparecido, y traducen correctamente «espíritu».

El segundo ejemplo concierne a Romanos 14: 1-12, donde el término griego *kyrios* (Señor) que los *Testigos* dicen traducir consistentemente como «Jehová», es traducido de esta forma *en ocho de las nueve ocasiones en que aparece en el pasaje*.

¿Por qué en ocho sí, y en la novena no? Porque si fuesen consistentes con sus propias reglas, tendrían que haber vertido el versículo 9 como sigue: «Porque con este fin murió Cristo y volvió a vivir otra vez, para ser *Jehová* (*kyrios*) tanto sobre los muertos como sobre los vivos». ¡Y esto es más de lo que están dispuestos a admitir!

Interpretación antojadiza

La tercera y más insidiosa forma en la que los *Testigos* deshonran las Escrituras es su interpretación caprichosa y arbitraria, proveniente de ideas preconcebidas. Es típica la rigidez con la que pretenden traducir ciertos vocablos hebreos o griegos que en verdad admiten diferentes significados, dependiendo del contexto. En otras ocasiones rehuyen el sentido literal porque no conviene a sus doctrinas. El resultado es que *las interpretaciones de los atalayistas pueden oscilar entre el literalismo más recalcitrante y el alegorismo más desbocado*.

La cuestión de la sangre

Un ejemplo de literalismo craso es el rechazo de las transfusiones de sangre, aun a riesgo de sus propias vidas o las de sus hijos. Se basan en textos como Levítico 17: 10-

12, donde según la TNM se dice que «el alma de la carne está en su sangre».

La palabra hebrea *néfesh* puede significar «alma», pero el contexto *exige* traducirla aquí como «vida» en el sentido de *principio vital*. La sangre (hebreo *dam*) puede tener, además de su significado literal, la connotación de «violencia»,[6] y también de sacrificio reconciliatorio.

En Levítico 17, como en Deuteronomio 12: 24, la sangre *es el principio sostenedor de la vida*: si a una persona o a un animal se le quita la sangre, muere indefectiblemente. Por tanto, es claro que la prohibición literal de comer sangre tiene ante todo valor simbólico, puesto que es imposible extraer *toda* la sangre presente en la carne antes de consumir ésta. La razón más importante para la prohibición de ingerir sangre era que en el sistema sacrificial instituído por Dios mismo, *la sangre estaba destinada a expiar los pecados*. En su comentario a Levítico 17: 10-16, Colunga y García Cordero explican:

> «Desde Gén 9: 4 se viene inculcando este precepto de no comer sangre. Saúl lo califica de prevaricación contra Yahvé. Aquí se insiste en lo mismo, y se declara la razón: es que la sangre está destinada a servir de expiación por los pecados. En la sangre está la vida, y cuando en el sacrificio se recoge la sangre y se derrama en torno del altar, es la vida la que se derrama y ofrece, y esa vida del animal sacrificado sirve de expiación por la vida del oferente. Este es un principio fundamental de la religión mosaica. Se prohíbe tomar la sangre porque la vida está en la sangre, y ésta pertenece sólo a Dios. Por tanto, si al hombre se le permite comer carne, es a condición de que respete la sangre –asiento de la vida–, bien derramándola en homenaje al Creador, o dejándola derramarse en tierra. Así, la sangre tiene un carácter sagrado relacionado con el origen de la vida».[7]

La prohibición estaba además justificada, en el contexto de la revelación del Antiguo Pacto, porque el pueblo de Israel debía apartarse de las prácticas rituales de los paganos, en los cuales se bebía la sangre de las víctimas con el objeto de apropiarse de su fuerza. En Levítico 19: 26 la ingestión de sangre se asocia con otras prácticas abominables, como la adivinación y la magia; seguramente, la ingestión de sangre se asociaría con ritos paganos idolátricos.

En el Nuevo Testamento, en el cual hay un único y supremo sacrificio de sangre, ya pasado, no hay restricciones alimentarias (Hechos 10: 9-16). Es solamente su asociación con la idolatría –real o imaginaria– lo que justifica la recomendación apostólica de abstenerse de sangre, registrada en Hechos 15: 28s. La razón fundamental la expone Pablo con motivo de los animales sacrificados a los ídolos. El origen de la carne destinada a la alimentación no tiene importancia para el creyente, excepto en la medida en que su actitud haga tropezar a sus hermanos más débiles o ignorantes (1 Corintios 8; Romanos 14).

Ahora bien, *fuera del contexto religioso, la abstención de sangre carece por completo de sentido, y por tanto de importancia.* En particular, este precepto religioso nada tiene que ver con la moderna terapéutica transfusional, en la que no hay ingestión, digestión, ni víctima, sino que la sangre proviene de uno que la dona voluntariamente, y es incorporada directamente al torrente sanguíneo del receptor. Los *Testigos* no aceptan nada de esto, y siempre han hablado en contra de las transfusiones; recientemente han hallado un nuevo argumento en la transmisión del virus del sida por transfusiones sanguíneas. Empero, que una práctica implique ciertos riesgos no prueba ni la sanción ni el anatema divinos y, por lo demás, la propaganda tendenciosa de la *Sociedad Atalaya* omite sistemáticamente considerar, los millones de personas que han sido beneficiadas, e incluso salvadas, por la terapia transfusional.[8]

Como creyentes , debemos tener compasión por quienes

son capaces de dejarse morir por su errónea comprensión de la Escritura. Al mismo tiempo, debemos defender la libertad de conciencia y de religión. Debe entenderse que los *Testigos* aceptan la moderna ciencia médica y sus avances, y en general siguen escrupulosamente los tratamientos prescritos a ellos o a sus hijos, siempre y cuando no involucren transfusiones de sangre.

Por lo anterior, como cristiano y como médico creo que es la obligación de todo profesional de la salud brindar el mejor tratamiento posible en tal circunstancia. Los *Testigos* están bien informados de las alternativas, y están siempre dispuestos a establecer los llamados «comisiones de coordinación» con los responsables de clínicas y hospitales, a fin de asegurar una buena comunicación con los profesionales de la salud.

Afortunadamente, los problemas éticos y técnicos que la intransigencia de los *Testigos* plantean a la medicina moderna han dado lugar, en muchos casos, a nuevas técnicas quirúrgicas que no requieren transfusión. El desarrollo de substitutos artificiales de la sangre, que son aceptables para los *Testigos*, no solamente beneficiará en un futuro no muy lejano a los miembros de este grupo, sino a muchos pacientes.[9]

¿Cruz o madero?

Otro ejemplo de arbitrariedad literalista es traducir el vocablo griego *stauros* como «madero» o «estaca de tormento» en contextos donde claramente el término se refiere a la cruz. En contra de la mejor erudición bíblica y de la más antigua tradición cristiana, los *Testigos* sostienen que Cristo no fue crucificado, sino atormentado en un poste. En realidad, la palabra *stauros* tiene una variedad de significados, que incluyen «estaca» o palo puntiagudo, una viga atada a los hombros, un poste para colgar al reo, o una cruz. Por esta razón, ni la palabra ni el verbo correspondiente, *stauroö* o *anastauroö*, bastan para establecer la forma de

castigo específica, que puede ser empalamiento, estrangulación o fijación por atadura o clavos, entre otras.

Si bien la crucifixión no era común en Oriente, fue empleada en Judea por Alejandro Janeo a principios del siglo I a.C.: este cruel gobernante mandó crucificar a 800 fariseos, y matar a sus mujeres e hijos ante los ojos de ellos.[10] Los romanos probablemente copiaron la crucifixión de los persas, o bien de los cartagineses, y la utilizaban como una de las formas más crueles de ejecución. Por ser particularmente humillante, no se aplicaba normalmente a los ciudadanos romanos. Estaba reservada a los peores reos de entre los habitantes de las provincias del Imperio. En Judea, Quintilio Varo la empleó en tiempos de Herodes contra algunos judíos rebeldes.

E. Brandenburger nota:

> «El castigo por crucifixión era visto como una medida disciplinaria para la mantención de la autoridad existente, entendido más como un disuasivo que como una retribución... con toda probabilidad, el *stauros* tenía una viga transversal. Según la práctica romana, el procedimiento de crucifixión sería como sigue. Primero estaba la convicción legal... el hombre condenado llevaba el *patibulum* [viga transversal] al sitio, que usualmente estaba fuera de la ciudad. La expresión "llevar la cruz (*stauros*)", que era una descripción típica del castigo de los esclavos, tiene su origen aquí. En el lugar de la ejecución, la víctima era desnudada y azotada... El hombre era atado con los brazos extendidos en la viga transversal. El uso de clavos sólo está testimoniado en casos aislados... la víctima era luego fijada a la estaca con la viga transversal. La muerte llegaba lentamente después de una extraordinaria agonía, probablemente por agotamiento o sofocación.»[11]

Una certificación más de que ésta era la forma de ejecución a la que se alude en el Nuevo Testamento lo demuestra el hallazgo de un osario, al norte de Jerusalén, en el que se encontró el cadáver de un joven que había sido crucificado a principios de la era cristiana. Cada antebrazo, separadamente, había sido atravesado por un clavo, y un tercer clavo, aún en su sitio, atravesaba ambos tobillos.[12]

¿No es rebuscado hasta el ridículo pretender hacer decir a Jesús que si alguno quiere seguirle, debe tomar «su madero de tormento»? Sin embargo, precisamente esto hace, y con una ilustración apropiada, un artículo muy reciente de *La Atalaya*.[13]

Al negar injustificadamente y con tanto denuedo la crucifixión, los atalayistas se hacen a sí mismos *«enemigos de la cruz de Cristo»* (Filipenses 3: 18). Descartan o pervierten todo lo que Cristo y sus apóstoles enseñaron sobre el profundo sentido *espiritual* de la cruz.[14]

Alegorías Injustificadas

Cuando esto conviene a sus enseñanzas, los atalayistas están dispuestos a darle un significado completamente alejado de su sentido original. Por ejemplo, para ellos los dos testigos de Apocalipsis 11: 3-12 son, desde luego, los *ungidos* de entre los *Testigos de Jehová*. Su muerte se refiere a la persecución de que fueron objetos entre 1914 y 1919. Como la «muerte» es figurada, la resurrección también lo es... ¡y también la ascención al cielo! Según los *Testigos* , la profecía tuvo

> «notable cumplimiento desde 1919, cuando Jehová devolvió a vida vibrante a sus "difuntos" testigos. "¡Qué sacudida experimentaron los que los perseguían! De súbito, los testigos cobraron vida y actividad de nuevo"».[15]

¡Pero esto *no es* lo que la Biblia dice! Cuando los dos

testigos son resucitados, ya han acabado su labor y son llevados al cielo.

Veamos otro ejemplo de cortina de humo para ocultar con alegorías la verdad de la Biblia. Una «joyita» de esta clase es su tratamiento de la parábola del rico y Lázaro:

> «Mediante esta parábola, Jesús declaró una profecía que ha estado teniendo su cumplimiento moderno desde 1919 d. de J.C. ... El hombre rico representa a la clase extremadamente egoísta de clérigos de la cristiandad... alejados de Dios ... y atormentados por la verdad del Reino que se proclama. Lázaro representa al fiel resto del "Cuerpo de Cristo" ... reciben el favor de Dios ... y son consolados por medio de su Palabra.»[16]

¡O sea que, según ellos, la parábola era en realidad una profecía, en la cual aparece la proclamación del Reino (¿¿??) y donde el Cuerpo Gobernante es «Lázaro» y los pastores de las iglesias cristianas son colectivamente el «rico» atormentado!

Tanto exageran los *Testigos* en sus esfuerzos imaginativos, que en un libro suyo más nuevo,[17] interpretan *la misma parábola* como referida a los religiosos del tiempo de Jesús...

No insistiremos aquí con más ejemplos, pues veremos muchos en las páginas que siguen, a propósito de las doctrinas atalayistas.